



UN ESTUDIO BÍBLICO DE TAMPA LIFE CHURCH

SIGUE CAMINANDO

Confiando en Dios Entre el Mandato y el Milagro

TAMPA LIFE CHURCH

Juan 9 · El Camino del Hombre que Nació Ciego

01

PARTE

EL MILAGRO COMIENZA CON UN PASO DE OBEDIENCIA

TEXTO CLAVE

“Dicho esto, escupió en tierra, e hizo lodo con la saliva, y untó el lodo sobre los ojos del ciego, y le dijo: Ve a lavarte en el estanque de Siloé (que traducido es, Enviado). Fue entonces, y se lavó, y regresó viendo.”

Juan 9:6-7 (RVR1960)

Una de las palabras más pasadas por alto en todo este milagro no es “lavó,” “vio,” ni siquiera “Siloé.” Es la sencilla palabra “fue.” Entre el mandato de Jesús y el milagro mismo hay una pequeña palabra que revela uno de los principios más grandes de la vida espiritual: la obediencia siempre comienza antes de la comprensión. La sanidad del ciego no ocurrió cuando Jesús puso lodo sobre sus ojos, ni cuando Jesús pronunció la promesa. Su sanidad comenzó en el momento en que respondió a la voz de Cristo dando su primer paso.

Esto revela un patrón que se encuentra a lo largo de toda la Escritura. Dios frecuentemente anuncia lo que va a hacer mucho antes de que lo experimentemos. Sus promesas son invitaciones a un camino de fe, no garantías de resultados inmediatos. Naturalmente deseamos que Dios explique cada detalle antes de obedecer, pero Dios continuamente nos pide obedecer primero y descubrir Su fidelidad en el camino. La fe nunca se mide por lo que sabemos; se mide por cuán dispuestos estamos a confiar en lo que Dios ya ha hablado.

Nótese la naturaleza inusual del mandato de Cristo. Jesús no simplemente declaró sanidad sobre el ciego. Pudo haber restaurado su vista al instante, tal como sanó a otros con solo hablar una palabra (Mateo 8:8-13). En cambio, creó intencionalmente un proceso. Puso lodo sobre los ojos del hombre y luego le indicó que caminara hasta el estanque de Siloé antes de recibir su milagro. El milagro nunca estuvo más allá del poder de Cristo; el camino fue diseñado para la fe del hombre.

Dios frecuentemente obra de esta manera porque Su mayor objetivo no es simplemente cambiar nuestras circunstancias: es transformar nuestro carácter. Los milagros instantáneos exhiben el poder de Dios, pero los caminos cultivan nuestra confianza. Aunque a menudo oramos para que Dios quite cada obstáculo de inmediato, a veces Él permite que atravesemos temporadas difíciles porque el camino mismo está logrando algo eterno dentro de nosotros.

Este principio va mucho más allá de Juan capítulo 9. Abraham fue llamado a dejar todo lo familiar sin conocer su destino.

“Por la fe Abraham, siendo llamado, obedeció para salir al lugar que había de recibir como herencia, y salió sin saber a dónde iba.”

Hebreos 11:8 (RVR1960)

Nótese que la obediencia de Abraham precedió a su comprensión. Dios no le dio mapas, cronogramas ni garantías. En cambio, cada nuevo paso revelaba otra porción de la voluntad de Dios. Abraham aprendió que la dirección de Dios frecuentemente se despliega progresivamente y no toda de una vez.

Del mismo modo, Noé pasó décadas construyendo un arca antes de que cayera una sola gota de lluvia.

“Por la fe Noé... preparó el arca en que su casa se salvase...”

Hebreos 11:7 (RVR1960)

Desde una perspectiva humana, la obediencia de Noé parecía irracional. Nunca había llovido como Dios describía, y sin duda la cultura que lo rodeaba se burlaba de sus acciones. Sin embargo, Noé entendió algo que todo discípulo debe aprender eventualmente: la fe no espera hasta que la obediencia tenga sentido. La fe obedece porque Dios ha hablado.

El ciego se encontró en esa misma posición. Con lodo cubriendo sus ojos, nada había cambiado externamente. Seguía ciego. Todavía no podía ver el camino. Aún no tenía evidencia visible de que la sanidad había comenzado. Sin embargo, comenzó a caminar porque su confianza no descansaba en sus circunstancias sino en la fidelidad de Aquel que dio el mandato.

Muchos creyentes suponen erróneamente que la fe genuina produce sentimientos inmediatos de seguridad. La Escritura enseña algo diferente. La fe frecuentemente se demuestra en ausencia de cambio visible. Los primeros pasos hacia el estanque de Siloé se veían exactamente igual que quedarse quieto. El ciego no vio mejora después de cinco pasos, diez pasos, o quizás cientos de pasos. Cada paso requería la misma confianza que el anterior porque nada confirmaba externamente que algo estuviera sucediendo.

Aquí es donde muchos de nosotros luchamos. Igualamos la actividad de Dios con nuestra capacidad de percibirla. Si no podemos ver progreso de inmediato, concluimos que nada está sucediendo. Sin embargo, a lo largo de la Escritura, Dios frecuentemente realiza Su mayor obra bajo la superficie antes de que aparezca cualquier evidencia visible. Así como las semillas se desarrollan bajo tierra antes de romper el suelo, la transformación espiritual a menudo ocurre mucho antes de que los resultados externos sean visibles.

El apóstol Pablo nos recuerda esta realidad invisible:

“Porque por fe andamos, no por vista.”

2 Corintios 5:7 (RVR1960)

Caminar por fe significa continuar obedeciendo aun cuando nuestros sentidos no ofrecen ninguna confirmación. Seguimos orando antes de que lleguen las respuestas. Seguimos perdonando antes de que cambien las emociones. Seguimos sirviendo antes de que llegue el reconocimiento. Seguimos creyendo antes de que mejoren las circunstancias. La fe se niega a dejar que las apariencias presentes redefinan las promesas de Dios.

Este principio también expone una verdad importante sobre la obediencia. No obedecemos porque ya entendamos el plan de Dios; obedecemos porque confiamos en el carácter de Dios. Nuestra confianza descansa en quién es Él y no en lo que podemos explicar. El ciego sabía muy poco sobre cómo ocurriría la sanidad, pero sabía lo suficiente acerca de Jesús para creer que se podía confiar en Su palabra.

Muchas veces, nuestras mayores batallas espirituales no se libran contra la tentación sino contra la vacilación. Nos quedamos al borde de la obediencia esperando certeza mientras Dios espera pacientemente la rendición. El cielo a menudo solo hace una pregunta: ¿Darás el primer paso?

Todo milagro tiene un momento en que la fe se convierte en movimiento. Hasta que la fe se mueve, sigue siendo solo una idea. Santiago enseña que la fe genuina siempre produce acción.

“Así también la fe, si no tiene obras, es muerta en sí misma.”

Santiago 2:17 (RVR1960)

Santiago no está enseñando que las obras ganan la salvación; más bien, la fe auténtica se expresa naturalmente a través de la obediencia. El ciego no ganó su sanidad caminando hacia Siloé. Más bien, su caminar demostró que verdaderamente creía en Aquel que había hablado.

Esta misma invitación confronta hoy a todo creyente. Cristo continúa llamando a Su pueblo a moverse más allá de la comodidad hacia la obediencia. A veces ese primer paso implica arrepentimiento. Otras veces implica perdón, generosidad, ministerio, reconciliación, o entregar un sueño de toda la vida en las manos de Dios. Cualquiera que sea el mandato específico, el principio nunca cambia: el primer paso de obediencia es a menudo el lugar donde el milagro verdaderamente comienza.

Quizás el mayor aliento que se encuentra en este pasaje es que Jesús nunca le pidió al ciego que entendiera todo antes de comenzar a caminar. Simplemente le pidió que confiara. El mismo Salvador sigue guiando a Su pueblo hoy. Puede que no revele todo el camino, pero nunca ha fallado a los que fielmente siguen Su voz. Nuestra responsabilidad no es conocer cada detalle del mañana; es simplemente obedecerle hoy, confiando en que cada paso dado en fe nos acerca al lugar donde Sus promesas se cumplirán.

Reflexiona

¿Dónde te está pidiendo Dios que des un primer paso de obediencia antes de entender por completo Su plan? ¿Qué te está deteniendo para darlo?

02

PARTE

DIOS DA DESTINOS MÁS A
MENUDO QUE EXPLICACIONES

TEXTO CLAVE

“Fíate de Jehová de todo tu corazón, y no te apoyes en tu propia prudencia. Reconócelo en todos tus caminos, y él enderezará tus veredas.”

Proverbios 3:5–6 (RVR1960)

Una de las mayores tensiones de la vida cristiana es aprender a confiar en Dios sin exigirle que se explique. Nuestro instinto natural es preguntar: ¿Por qué? ¿Cómo? ¿Cuándo? Queremos detalles antes de decisiones, certeza antes de compromiso, y explicaciones antes de obediencia. Sin embargo, a lo largo de la Escritura, Dios opera consistentemente en la dirección opuesta. Nos da suficiente luz para el próximo paso mientras reserva el resto del camino para Sí mismo.

El ciego experimentó esta realidad de primera mano. Jesús no le dio un mapa hacia el estanque de Siloé. No explicó por qué el lodo era necesario. No reveló cuánto tiempo tomaría el camino, quién lo ayudaría en el trayecto, o precisamente cuándo regresaría su vista. Cristo simplemente le dio un destino: “Ve... lávate.” Todo lo demás requería confianza.

Esto revela una verdad importante sobre la naturaleza de Dios. Él no está simplemente interesado en llevarnos a bendiciones; está interesado en desarrollar dependencia. Si Dios explicara cada detalle de nuestro futuro, la fe se volvería innecesaria. Comenzaríamos a confiar en el plan en lugar de confiar en el Planificador. Pero Dios nunca ha deseado una relación construida sobre información completa. Desea una relación construida sobre confianza completa en Su carácter.

Por eso el salmista escribió,

“Lámpara es a mis pies tu palabra, y lumbrera a mi camino.”

Salmo 119:105 (RVR1960)

Nótese lo que la Escritura no dice. No describe la Palabra de Dios como un reflector que revela cada milla por delante. Es una lámpara, una luz pequeña suficiente para los siguientes pasos. En tiempos bíblicos, un viajero que llevaba una lámpara de aceite solo podía ver una corta distancia frente a él. La lámpara no eliminaba la incertidumbre; simplemente proveía suficiente luz para seguir avanzando. Dios frecuentemente guía a Sus hijos de la misma manera. Provee suficiente revelación para la obediencia de hoy mientras nos invita a confiarle el mañana.

El éxodo provee uno de los ejemplos más claros de este principio. Después de librar a Israel de Egipto, Dios deliberadamente los guió hacia lo que parecía una situación imposible.

“Y yo endureceré el corazón de Faraón para que los siga, y seré glorificado en Faraón...”

Éxodo 14:4 (RVR1960)

Imagina escuchar esas palabras. Dios anunció que Faraón los perseguiría, pero no ofreció ninguna explicación de cómo escaparían. Nunca mencionó la apertura del Mar Rojo. Nunca describió muros de agua a ambos lados. Nunca explicó que el ejército egipcio sería destruido. Todo lo que Israel sabía era que Dios les había dado un destino mientras permitía que un obstáculo aparentemente imposible se interpusiera entre ellos y la promesa.

Desde una perspectiva humana, esto parece innecesario. ¿Por qué Dios no simplemente explicaría todo de antemano? Porque si Israel hubiera conocido todo el plan, habrían admirado la estrategia de Dios más de lo que confiaron en la presencia de Dios. En cambio, cada momento requería que dependieran de Él.

Este patrón aparece repetidamente a lo largo de las vidas de los siervos de Dios. José recibió sueños de liderazgo futuro pero nunca se le habló del pozo, la esclavitud, las falsas acusaciones o la prisión. David fue ungido rey pero no se le informó que años escondido en cuevas precederían al trono. Rut siguió a Noemí sin saber que llegaría a formar parte del linaje del Mesías. Ester entró al palacio sin darse cuenta de que un día salvaría a toda una nación. En cada caso, Dios reveló el destino mucho antes de explicar el proceso.

Nuestra mayor frustración a menudo viene de intentar forzar a Dios a nuestra secuencia preferida. Nos decimos: “Una vez que entienda, obedeceré.” El cielo responde: “Una vez que obedezcas, comenzarás a entender.”

Isaías nos recuerda por qué esto es necesario.

“Porque mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni vuestros caminos mis caminos, dijo Jehová. Como son más altos los cielos que la tierra, así son mis caminos más altos que vuestros caminos, y mis pensamientos más que vuestros pensamientos.”

Isaías 55:8–9 (RVR1960)

Hay momentos en que Dios permanece en silencio, no porque nos haya abandonado, sino porque ninguna explicación podría satisfacernos por completo. La sabiduría infinita no siempre puede comprimirse en un entendimiento finito. Hay temporadas en que la obediencia debe preceder a la comprensión. El discípulo aprende que el silencio de Dios no es evidencia de Su ausencia sino una invitación a profundizar la confianza.

Esta verdad se vuelve especialmente desafiante cuando las direcciones de Dios parecen contradecir la lógica humana. La mente natural constantemente evalúa la obediencia a través del lente de la practicidad. ¿Tiene esto sentido? ¿Es esto eficiente? ¿Hay una ruta más segura? Sin embargo, muchos de los mayores milagros de Dios comenzaron con mandatos que parecían irrazonables. Marchar alrededor de Jericó en lugar de atacar. Extender una mano seca antes de que sea sanada. Llenar tinajas vacías antes de que aparezca el milagro. Echar la red de nuevo después de pescar toda la noche. Cada uno de estos mandatos

requería una fe que se elevaba por encima del razonamiento humano.

Pablo abordó esta realidad cuando escribió,

“Porque la palabra de la cruz es locura a los que se pierden; pero a los que se salvan, esto es, a nosotros, es poder de Dios.”

1 Corintios 1:18 (RVR1960)

Dios nunca ha estado confinado por la lógica humana. Lo que parece necio al mundo a menudo se convierte en el mismo camino por el cual se manifiesta Su poder. Por eso la madurez espiritual no se mide por cuánto entendemos sino por qué tan rápido obedecemos.

Hay otra hermosa lección escondida en el mandato de ir a Siloé. El nombre Siloé significa “Enviado.” El ciego recibió su milagro en el lugar llamado “Enviado” porque obedeció a Aquel que lo envió allí. A lo largo del Evangelio de Juan, Jesús repetidamente se identifica como Aquel enviado por el Padre (Juan 5:36; Juan 6:38; Juan 20:21). Hay un simbolismo profundo aquí. El hombre encontró sanidad no simplemente en un estanque sino en el lugar del envío divino. De la misma manera, descubrimos la mayor obra de Dios en nuestras vidas cuando caminamos fielmente hacia donde Él nos envía.

Quizás el mayor obstáculo para la fe es nuestro deseo de control. Queremos garantías antes del compromiso porque el control nos da la ilusión de seguridad. Sin embargo, la Escritura enseña consistentemente que la verdadera seguridad nunca se encuentra en controlar nuestro futuro; se encuentra en confiar en el Dios que ya sostiene nuestro futuro. Proverbios no promete que entenderemos cada giro del camino. Promete algo infinitamente mejor: “Él enderezará tus veredas.”

Esa promesa lo cambia todo. La responsabilidad de conocer todo el camino no recae sobre nuestros hombros. Nuestra responsabilidad es simplemente reconocerlo en cada decisión y dar fielmente el siguiente paso que Él pone ante nosotros. Dios nunca le pidió al ciego que descubriera el camino a Siloé por sí mismo. Solo le pidió que comenzara a caminar. De la misma manera, Dios no nos está pidiendo que dominemos el mañana. Nos está pidiendo que confiemos en Él hoy.

La vida cristiana no se vive una década a la vez ni siquiera un año a la vez. Se vive un paso fiel tras otro. Cada paso se convierte en un acto de rendición, cada acto de rendición se convierte en una expresión de confianza, y cada expresión de confianza nos lleva más profundo en los propósitos de Dios. Puede que no tengamos el mapa, pero conocemos al Pastor. Y cuando el Pastor está guiando, esa es toda la certeza que verdaderamente necesitamos.

Reflexiona

¿En qué área de tu vida le estás exigiendo una explicación a Dios antes de obedecer?

¿Cómo sería confiar en Su dirección en su lugar?

03

PARTE

LA FE SE PRUEBA ENTRE EL
MANDATO Y EL
CUMPLIMIENTO

TEXTO CLAVE

“Es, pues, la fe la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve.”

Hebreos 11:1 (RVR1960)

Uno de los mayores conceptos erróneos sobre la fe es que elimina la incertidumbre. A menudo imaginamos que si nuestra fe es lo suficientemente fuerte, siempre nos sentiremos confiados, en paz y seguros de cada paso por delante. Sin embargo, la Biblia pinta un cuadro muy diferente. La fe genuina no elimina la incertidumbre; nos capacita para permanecer fieles en medio de ella. La fe no se prueba después de que llega el milagro, se prueba durante el camino entre el mandato de Dios y el cumplimiento de Dios.

El ciego ilustra esto perfectamente. Sabemos cómo termina la historia porque hemos leído el relato muchas veces. Llegó al estanque de Siloé, se lavó el lodo, y recibió su vista. Pero el ciego no conocía el final mientras vivía la historia. Cada paso que dio fue un paso hacia lo desconocido. No podía ver el camino bajo sus pies, la gente a su alrededor, ni el estanque que le esperaba. Su única certeza era la palabra que Jesús había hablado.

Esta es la arena donde la fe siempre es probada. Es fácil creer después de que llega la respuesta. Es fácil alabar después de la sanidad, regocijarse después del avance, y testificar después de la victoria. Lo difícil es creer mientras nada parece estar cambiando. La mayor evidencia de fe no es lo que hacemos después de que Dios se mueve, es lo que seguimos haciendo mientras todavía esperamos.

El escritor de Hebreos define intencionalmente la fe como “la convicción de lo que no se ve.” La fe es evidencia precisamente porque la prueba visible aún no ha aparecido. Si el ciego hubiera recibido su vista inmediatamente después de que Jesús lo tocara, no habría habido necesidad del camino. En cambio, cada paso se convirtió en otra declaración de que confiaba más en la promesa de Cristo que en su condición presente.

Este principio resuena a lo largo de toda la Biblia.

Josué y los sacerdotes estaban frente al desbordado río Jordán llevando el Arca del Pacto. Dios prometió que Israel cruzaría, pero las aguas permanecieron sin cambios hasta que los sacerdotes pusieron sus pies en el río.

“Y cuando las plantas de los pies de los sacerdotes que llevan el arca de Jehová, Señor de toda la tierra, se asienten sobre las aguas del Jordán, las aguas del Jordán se dividirán...”

Josué 3:13 (RVR1960)

Nótese el orden de Dios. El río no se abrió primero para que pudieran pasar con seguridad. Ellos dieron el paso primero, y luego Dios abrió el camino. El cielo esperó el movimiento antes de revelar el milagro.

Pedro experimentó el mismo principio cuando Jesús lo llamó sobre el mar de Galilea.

“Y descendiendo Pedro del barco, andaba sobre las aguas para ir a Jesús.”

Mateo 14:29 (RVR1960)

Imagina el momento antes de que Pedro pasara por encima del borde de la barca. El agua se veía exactamente igual que un momento antes. Nada en las olas sugería que pudieran sostener el peso de un hombre. El milagro no era visible antes de la obediencia. Pedro tuvo que confiar en la voz de Cristo más que en sus propios ojos.

Así es a menudo como Dios obra en nuestras vidas. Las circunstancias permanecen sin cambios mientras nuestra fe se está desarrollando. Oramos, y sin embargo el diagnóstico sigue siendo el mismo. Obedecemos, y sin embargo la presión financiera continúa. Perdonamos, y sin embargo la relación no ha sido restaurada. Servimos, y sin embargo no llega ningún reconocimiento. Adoramos, y sin embargo no nos sentimos diferentes de inmediato. Como el ciego, seguimos caminando aunque cada apariencia externa nos diga que nada ha cambiado.

El peligro durante estas temporadas es suponer que porque no podemos ver a Dios trabajando, Él no debe estar trabajando en absoluto. La Escritura advierte repetidamente contra esta conclusión. Dios a menudo está realizando Su obra más profunda bajo la superficie mucho antes de que se vuelva visible.

El profeta Habacuc luchó con este mismo asunto. Las promesas de Dios parecían retrasadas, y nada parecía estar sucediendo. Sin embargo, Dios le respondió con palabras que continuaban animando a los creyentes hoy.

“Aunque la visión tardará aún por un tiempo... espérala, porque sin duda vendrá, no tardará.”

Habacuc 2:3 (RVR1960)

Las demoras de Dios nunca son evidencia del descuido de Dios. Hay un tiempo señalado para cada promesa. El cielo opera según el tiempo divino y no la impaciencia humana. Lo que a nosotros nos parece tarde siempre está perfectamente ordenado por Dios.

Esta verdad se vuelve aún más poderosa cuando consideramos que la fe del ciego no se fortaleció porque cada paso se sintiera diferente. Cada paso probablemente se sentía exactamente igual al anterior. Paso tras paso, seguía ciego. No hubo destellos de luz, ninguna mejora gradual, ninguna indicación visible de que la sanidad había comenzado. Si acaso, la tentación de rendirse probablemente crecía con cada momento que pasaba.

¿Cuántas veces experimentamos la misma lucha? Comenzamos a obedecer a Dios con emoción, esperando confirmación inmediata. Cuando no llega, el desánimo susurra que quizás malinterpretamos Su

voz. Sin embargo, muchos de los mayores siervos de Dios atravesaron temporadas extendidas donde nada parecía cambiar externamente.

David fue ungido rey mientras todavía cuidaba ovejas. Pasaron años antes de que se sentara en el trono de Israel. Durante esos años fue perseguido por Saúl, forzado a esconderse en cuevas, traicionado por amigos, e incomprendido por muchos. Si David hubiera juzgado la promesa de Dios por sus circunstancias, habría concluido que la unción había fallado. En cambio, siguió caminando hasta que el tiempo de Dios se alineó con la promesa de Dios.

José soportó trece años entre sus sueños y su cumplimiento. Durante esos años experimentó traición, esclavitud, falsas acusaciones y prisión. Ninguno de esos eventos parecía estar llevando hacia un liderazgo en Egipto. Sin embargo, cada temporada dolorosa lo estaba posicionando silenciosamente para el propósito que Dios ya había ordenado.

Esto revela una de las verdades más profundas sobre la fe: Dios a menudo nos está preparando para el milagro mientras simultáneamente prepara el milagro para nosotros. Usualmente nos enfocamos solo en el destino, mientras Dios está igualmente preocupado por la persona en la que nos estamos convirtiendo a lo largo del camino. La demora no es tiempo perdido; es preparación.

Pablo entendió esta perspectiva cuando escribió,

“Y no sólo esto, sino que también nos gloriamos en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación produce paciencia; y la paciencia, prueba; y la prueba, esperanza.”

Romanos 5:3–4 (RVR1960)

Nótese la progresión. La tribulación produce paciencia. La paciencia desarrolla carácter. El carácter fortalece la esperanza. En otras palabras, el camino mismo se convierte en parte de la obra de Dios. El milagro no es simplemente lo que Dios hace al final del camino; es también lo que Él logra dentro de nosotros mientras viajamos.

Esto cambia la manera en que vemos las temporadas de espera. Esperar no es inactividad espiritual. Esperar fielmente es obediencia activa. Cada oración que seguimos orando, cada acto de adoración que seguimos ofreciendo, cada decisión de confiar en lugar de quejarnos se convierte en otro paso hacia el lugar donde Dios ya ha determinado que Su promesa se cumplirá.

El enemigo a menudo ataca a los creyentes más intensamente durante esta temporada intermedia porque entiende algo importante. Pocas personas abandonan a Dios antes de comenzar el camino, y pocas lo abandonan después de que llega el milagro. La mayor tentación viene en el medio, cuando nada parece estar sucediendo. El enemigo susurra: “Ríndete. Nada está cambiando.” La fe responde: “No camino por lo que veo. Camino por lo que Dios ha dicho.”

Quizás por eso Pablo animó tan fuertemente a la iglesia:

“Estad firmes y constantes, creciendo en la obra del Señor siempre, sabiendo que vuestro trabajo en el Señor no es en vano.”

1 Corintios 15:58 (RVR1960)

Nada hecho en obediencia a Dios se pierde jamás. Cada oración no vista, cada sacrificio silencioso, cada paso fiel importa en la economía del cielo. Puede que todavía no veamos el estanque de Siloé, pero Dios sí lo ve. Él sabe exactamente dónde estamos en el camino, y sabe precisamente cuántos pasos quedan antes de que Su promesa se convierta en nuestro testimonio.

La fe, entonces, no es simplemente creer que Dios puede hacer milagros. Es continuar caminando hacia Su promesa aun cuando todavía no podemos ver la evidencia de ella. Ese tipo de fe honra a Dios porque declara que Su Palabra es más confiable que nuestras circunstancias. Y la historia ha probado esta verdad repetidamente: Dios nunca ha fallado a una sola persona que siguió caminando en fe obediente.

Reflexiona

¿Qué promesa sigues esperando ver cumplida? ¿Cómo sería seguir caminando fielmente en la espera, en lugar de medir la presencia de Dios por el cambio visible?

04

PARTE

CADA PASO QUE PARECE ORDINARIO TE ESTÁ MOVIENDO HACIA LO EXTRAORDINARIO

TEXTO CLAVE

"Porque por fe andamos, no por vista."

2 Corintios 5:7 (RVR1960)

Hay algo notablemente ordinario en caminar. Es una de las actividades más simples de la vida. Un paso sigue a otro, y la mayoría de las veces ni siquiera lo pensamos. Sin embargo, a lo largo de la Escritura, Dios repetidamente eligió caminar como una de las imágenes principales de la relación del creyente con Él. La vida cristiana no se describe como una carrera de velocidad, un salto, o un evento dramático único. Se describe como un caminar porque el crecimiento espiritual casi siempre es gradual antes de volverse visible.

Esta es una de las lecciones escondidas dentro del camino del ciego. Tendemos a enfocarnos en el momento en que sus ojos se abrieron, pero Dios dedicó mucho más tiempo a registrar el caminar que al milagro mismo. El milagro sucedió en un instante. El caminar requirió perseverancia. El cielo intencionalmente preservó ambos porque Dios quería que las generaciones futuras entendieran que lo que sucede antes del milagro es a menudo tan importante como lo que sucede después.

Cada paso que dio el ciego parecía completamente ordinario. No había nada sobrenatural en poner un pie delante del otro. No había gloria visible rodeándolo. Ningún ángel apareció para guiarlo. Ninguna voz celestial habló de nuevo. Simplemente continuó caminando. Sin embargo, cada paso ordinario lo estaba llevando silenciosamente hacia un encuentro extraordinario con el poder de Dios.

Este principio está entrelazado a lo largo de toda la Biblia. Las mayores obras de Dios a menudo comienzan con actos de obediencia aparentemente insignificantes.

David derrotó a Goliat con una piedra, pero antes de que hubiera un campo de batalla hubo años de fidelidad no vista en los campos de Belén. Mientras nadie observaba, David estaba aprendiendo a adorar, a pastorear, y a confiar en Dios. La victoria sobre Goliat no creó repentinamente a un hombre de fe; reveló la fe que ya se había desarrollado a través de incontables días ordinarios.

De igual manera, Eliseo le pidió a la viuda que recogiera vasijas vacías antes de que Dios multiplicara el aceite.

"Ve y pide para ti vasijas prestadas de todos tus vecinos, vasijas vacías, no pocas."

2 Reyes 4:3 (RVR1960)

Imagina cuán ordinaria parecía esa asignación. No se le pidió que hiciera un milagro. Simplemente se le dijo que reuniera recipientes vacíos. Sin embargo, cada vasija prestada se convirtió en otra oportunidad para que Dios demostrara Su poder. El milagro fluyó solo después de que ella completó lo que parecía una tarea muy ordinaria.

Esto nos enseña que Dios a menudo esconde propósitos extraordinarios dentro de la obediencia ordinaria. A menudo esperamos momentos dramáticos mientras pasamos por alto las disciplinas sencillas que nos preparan para ellos. Anhelamos experiencias en la cima de la montaña mientras descuidamos la oración diaria. Oramos por avivamiento mientras fallamos en testificar fielmente a una persona. Le pedimos a Dios mayor responsabilidad mientras ignoramos las asignaciones que ya ha puesto en nuestras manos.

Jesús enfatizó este principio repetidamente.

“El que es fiel en lo muy poco, también en lo más es fiel.”

Lucas 16:10 (RVR1960)

Dios mide la grandeza de manera diferente a nosotros. Nos impresionan los logros públicos; a Dios le impresiona la fidelidad privada. Celebramos los momentos espectaculares, mientras que el cielo a menudo celebra la obediencia constante. Mucho antes de que Dios confíe a alguien mayor influencia, observa cómo maneja las pequeñas oportunidades que ya tiene delante.

El camino del ciego nos recuerda que no todo paso se siente significativo. De hecho, la mayoría probablemente se sentían repetitivos. Sin embargo, la repetición es a menudo una de las mayores herramientas de Dios para construir resistencia espiritual. Cada paso fortalecía su determinación de seguir confiando en Jesús. Cada paso se convertía en otra decisión de no dar vuelta atrás.

Lo mismo es cierto en nuestras propias vidas espirituales. Podemos preguntarnos si la oración de hoy importó, si la lectura bíblica de hoy hizo alguna diferencia, o si el acto de bondad de hoy logró algo eterno. La Escritura nos asegura que sí. Cada acto de obediencia es otro paso hacia el propósito de Dios, aunque todavía no podamos medir su impacto.

Pablo describe esto hermosamente cuando escribe,

“Así que, hermanos míos amados, estad firmes y constantes, creciendo en la obra del Señor siempre... sabiendo que vuestro trabajo en el Señor no es en vano.”

1 Corintios 15:58 (RVR1960)

Nótese que Pablo no promete resultados inmediatos. Promete que nuestro trabajo no es en vano. Hay una diferencia importante. La fidelidad no se evalúa por el éxito visible sino por la obediencia continua. Dios está obrando aun cuando todavía no podamos calcular el resultado.

Esta verdad también nos protege de uno de los ataques más sutiles del enemigo: el desánimo a través de la monotonía. Satanás a menudo convence a los creyentes de que porque hoy se parece a ayer, nada está sucediendo espiritualmente. Sin embargo, el reino de Dios rara vez avanza a través de la emoción constante. Con más frecuencia, avanza a través de la constancia silenciosa.

Considera cómo Jesús describió el crecimiento espiritual.

“Así es el reino de Dios, como cuando un hombre echa semilla en la tierra... y la semilla brota y crece sin que él sepa cómo.”

Marcos 4:26–27 (RVR1960)

El agricultor no puede ver lo que sucede bajo la tierra. Día tras día el campo parece sin cambios. Sin embargo, oculta bajo la superficie, la vida se está desarrollando. Las raíces están creciendo. La fuerza se está formando. La cosecha visible es simplemente la evidencia final de un proceso invisible que ha estado ocurriendo todo el tiempo.

El mismo principio se aplica a nuestro caminar con Dios. Muchas de Sus mayores obras son invisibles hasta que llega la temporada señalada. Cada oración fortalece nuestra relación con Él. Cada acto de perdón suaviza nuestros corazones. Cada tentación resistida profundiza nuestra madurez espiritual. Cada sacrificio ofrecido en obediencia nos prepara para una futura utilidad.

Esta perspectiva cambia por completo la manera en que evaluamos el progreso. En lugar de preguntar: “¿Ha pasado algo hoy?” comenzamos a preguntar: “¿He sido fiel hoy?” El éxito en el reino no se mide por cuán espectacular pareció el día sino por si continuamos caminando con Cristo.

Hay otro detalle notable en el camino del ciego. Se estaba moviendo hacia algo que nunca había visto. Nunca había visto el estanque de Siloé. Nunca había visto el rostro de Jesús. Nunca había visto un amanecer ni las calles de Jerusalén. Todo lo que anticipaba existía solo porque confiaba en la palabra de Cristo.

¿No es exactamente así como vivimos como creyentes?

Pedro nos recuerda,

“A quien amáis sin haberle visto, en quien creyendo, aunque ahora no lo veáis, os alegráis con gozo inefable y glorioso.”

1 Pedro 1:8 (RVR1960)

Como el ciego, estamos caminando hacia realidades que todavía no hemos visto por completo. Nunca hemos visto físicamente el cielo, sin embargo vivimos en anticipación de él. Nunca hemos contemplado al Cristo glorificado con ojos naturales, sin embargo lo amamos. Nuestra confianza no está construida sobre lo que vemos sino sobre Sus promesas.

Quizás por eso la Escritura repetidamente nos llama a la perseverancia.

“Corramos con paciencia la carrera que tenemos por delante, puestos los ojos en Jesús, el autor y consumador de la fe.”

Hebreos 12:1–2 (RVR1960)

Nótese que Jesús es tanto el Autor como el Consumador de nuestra fe. Él no solo comienza el camino; también lo completa. La responsabilidad del creyente no es crear el camino sino continuar caminándolo.

La extraordinaria vida cristiana no se construye a través de momentos aislados de emoción espiritual. Se construye a través de miles de decisiones ordinarias de confiar en Dios un día más, obedecerle una vez más, perdonar una ofensa más, orar una oración más, y dar un paso más. Esos pasos ordinarios, repetidos a lo largo de una vida, se convierten en el camino sobre el cual Dios cumple Sus propósitos extraordinarios.

El ciego no sabía que cada paso ordinario lo estaba acercando al momento en que la oscuridad daría paso a la luz. De la misma manera, a menudo subestimamos la obediencia de hoy porque todavía no podemos ver el milagro de mañana. Pero el cielo ve cada paso, y Dios nunca desperdicia un solo acto de obediencia fiel. Lo que nos parece ordinario bien podría ser el mismo camino que conduce a la obra extraordinaria que Él ya ha preparado para nuestras vidas.

Reflexiona

¿Qué acto ordinario de fidelidad se ha sentido sin importancia últimamente, orar, leer tu Biblia, un pequeño gesto de bondad? ¿Cómo podría estar usándolo Dios para prepararte para algo mayor?

05

PARTE

LA MULTITUD NO PUEDE
CAMINAR TU CAMINO

TEXTO CLAVE

"Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz cada día, y sígame."

Lucas 9:23 (RVR1960)

Un detalle que se pasa fácilmente por alto en el relato del ciego es que su camino hacia el estanque de Siloé no se hizo en aislamiento. Jerusalén era una ciudad llena de gente. Las calles que llevaban al Templo y al estanque estaban llenas de mercaderes, viajeros, líderes religiosos, y ciudadanos comunes. El ciego no caminaba por un camino vacío; caminaba entre una multitud. Eso significa que cada paso hacia su milagro tuvo que darse rodeado de distracciones, opiniones, obstáculos, y personas que podían ayudarlo u obstaculizarlo.

Lo mismo sigue siendo cierto hoy. Rara vez Dios nos llama a obedecerle en un vacío. Obedecemos mientras vivimos entre personas que quizás no entiendan lo que Dios está haciendo en nuestras vidas. Algunos nos animarán. Otros nos cuestionarán. Algunos fortalecerán nuestra fe, mientras otros la debilitarán sin intención. Una de las grandes lecciones de la vida cristiana es aprender que, aunque Dios a menudo usa a personas para ayudarnos, ninguna persona puede reemplazar nuestra responsabilidad personal de seguir a Cristo.

Imagina al ciego abriéndose paso por las calles llenas de gente con lodo cubriendo sus ojos. Algunas personas sin duda lo reconocían como el conocido mendigo ciego que se sentaba cerca del Templo. Otros quizás se preguntaban por qué de repente dejó su lugar habitual. Algunos quizás se burlaron de él. Otros quizás le ofrecieron ayuda. Pero sin importar cómo respondiera la multitud, ninguno de ellos podía caminar el camino por él.

Esto enseña un principio espiritual importante: las personas pueden influir en tu camino, pero no pueden completarlo por ti.

Hay temporadas en que Dios graciosamente envía personas para fortalecernos. A lo largo de la Escritura, Él frecuentemente obra a través de instrumentos humanos. Moisés tuvo a Aarón y a Hur para sostener sus manos. Elías tuvo a Eliseo. Pablo tuvo a Bernabé, Silas, Timoteo, Lucas, y muchos obreros fieles. Incluso Jesús envió a Sus discípulos de dos en dos.

Eclesiastés nos recuerda,

"Mejores son dos que uno... Porque si cayeren, el uno levantará a su compañero."

Eclesiastés 4:9-10 (RVR1960)

La vida cristiana nunca fue diseñada para vivirse sola. Dios pone pastores, maestros, mentores, amigos, y el cuerpo de Cristo a nuestro alrededor porque el ánimo es uno de Sus regalos para Su pueblo. Nunca debemos minimizar el valor de las relaciones piadosas.

Sin embargo, hay una verdad igualmente importante que debe entenderse: aunque otros pueden animar tu obediencia, no pueden sustituirla.

Nadie podía lavarse en el estanque de Siloé en lugar del ciego. Nadie podía creer por él. Nadie podía obedecer por él. Nadie podía dar sus pasos. El mandato que Jesús dio era intensamente personal.

Este principio aparece repetidamente a lo largo de la Escritura. Noé no podía entrar al arca por la fe de sus vecinos. Josué no podía conquistar Canaán por la obediencia de Moisés. Ester no podía salvar a Israel dejando que Mardoqueo ocupara su lugar. Todo siervo de Dios eventualmente llega a un momento en que la obediencia personal se vuelve inevitable.

Pablo expresó esta responsabilidad cuando escribió,

“De manera que cada uno de nosotros dará a Dios cuenta de sí.”

Romanos 14:12 (RVR1960)

Nótese que no daremos cuenta del caminar de otra persona, ni otra persona responderá por el nuestro. Dios llama a cada creyente a una relación personal que no se puede tomar prestada de otra persona. Somos bendecidos por la fe de otros, pero no podemos sobrevivir espiritualmente con la devoción de otra persona.

Esta es una razón por la que la madurez espiritual requiere moverse más allá de la dependencia de experiencias emocionales o motivación externa. Hay temporadas en que los servicios de la iglesia son poderosos, la adoración es edificante, y el ánimo llega de todas direcciones. Pero también hay temporadas en que debemos seguir caminando incluso después de que todos los demás se han ido a casa.

El ciego eventualmente tuvo que dejar atrás las voces y continuar hacia el estanque. En algún punto, ya sea que la gente lo ayudara o no, la responsabilidad de seguir avanzando recaía completamente sobre él.

Muchos creyentes sin darse cuenta permiten que la multitud determine el ritmo de su crecimiento espiritual. Si todos a su alrededor están orando, oran. Si todos están ayunando, ayunan. Si todos están apasionados, ellos están apasionados. Aunque ciertamente hay fuerza en la unidad, la fe madura eventualmente desarrolla convicciones que permanecen estables sin importar el ambiente que la rodea.

Daniel es un poderoso ejemplo de esta verdad. Cuando se emitió el decreto que prohibía la oración, Daniel no ajustó su devoción según la opinión pública.

“Y Daniel, cuando supo que el edicto había sido firmado... se arrodillaba tres veces al día, y oraba.”

Daniel 6:10 (RVR1960)

La constancia de Daniel no dependía de la aprobación de la multitud. Su relación con Dios se había vuelto más profunda que la presión que lo rodeaba.

De igual manera, los apóstoles declararon con valentía,

“Es necesario obedecer a Dios antes que a los hombres.”

Hechos 5:29 (RVR1960)

Su obediencia estaba arraigada en la autoridad divina y no en la aceptación pública.

Esto expone una de las tácticas favoritas del enemigo. Si Satanás no puede detenernos a través de la tentación, a menudo intentará desanimarnos a través de la comparación. Comenzamos a comparar nuestro camino con el de alguien más. “¿Por qué su milagro está sucediendo más pronto?” “¿Por qué su ministerio parece crecer más rápido?” “¿Por qué su vida parece más fácil?” La comparación silenciosamente desvía nuestro enfoque del llamado único de Dios hacia la asignación de otra persona.

Sin embargo, nótese algo notable sobre Juan capítulo 9. Jesús nunca comparó al ciego con otra persona ciega. Lo trató personalmente. Su mandato fue diseñado específicamente para este individuo. Otro milagro pudo haber sucedido de manera diferente, pero el camino de este hombre requería el estanque de Siloé.

Dios todavía obra así hoy. Pedro aprendió esta lección después de la resurrección. Cuando Jesús reveló aspectos del futuro de Pedro, Pedro inmediatamente dirigió su atención hacia Juan.

“Cuando Pedro le vio, dijo a Jesús: Señor, ¿y qué de éste?”

Juan 21:21 (RVR1960)

Jesús respondió con notable claridad.

“Si quiero que él quede hasta que yo venga, ¿qué a ti? Sígueme tú.”

Juan 21:22 (RVR1960)

En otras palabras, no midas tu llamado por el camino de otra persona. Tu responsabilidad es seguirme a mí.

¿Cuánta frustración innecesaria entra en nuestras vidas porque comparamos el tiempo de Dios para nosotros con el tiempo de Dios para otros? El camino de un creyente puede implicar respuestas inmediatas, mientras que el de otro requiere años de espera. Una persona puede experimentar milagros dramáticos, mientras otra es testigo de la fidelidad silenciosa de Dios durante décadas. Ambos caminan bajo la dirección del mismo Pastor.

Otro desafío que presenta la multitud es la crítica. El ciego casi con seguridad se veía inusual caminando por Jerusalén con lodo cubriendo sus ojos. Probablemente tropezaba. Probablemente parecía necio a muchos observadores. Sin duda algunos cuestionaron lo que estaba haciendo. Sin embargo, su disposición a soportar la vergüenza temporal lo posicionó para una transformación permanente.

Esto siempre ha sido cierto de aquellos que caminan cerca de Dios. Noé parecía necio construyendo un arca antes de que lloviera. Abraham parecía necio dejando todo lo familiar sin conocer su destino. David parecía necio corriendo hacia un gigante mientras soldados experimentados huían. La mujer con la caja de alabastro parecía necia derramando perfume costoso sobre los pies de Jesús. María parecía necia creyendo el anuncio imposible de un ángel.

La fe nunca se ha preocupado principalmente por parecer razonable ante la multitud. La fe se preocupa por permanecer fiel a Dios.

Pablo entendió esta tensión cuando escribió,

"Pues, ¿busco ahora el favor de los hombres, o el de Dios?... porque si todavía agradara a los hombres, no sería siervo de Cristo."

Gálatas 1:10 (RVR1960)

Vivir para Cristo eventualmente requiere elegir qué voz moldeará nuestras decisiones. Si constantemente buscamos la aprobación de las personas, eventualmente comprometeremos los mandatos de Dios. Pero si la voz de Dios se vuelve suprema en nuestras vidas, las opiniones de la multitud pierden su poder para redirigir nuestros pasos.

La hermosa realidad es que, aunque la multitud no podía caminar el camino por el ciego, tampoco la multitud podía impedirle alcanzar su milagro. Podían reírse. Podían criticar. Podían malinterpretar. Pero ninguno de ellos poseía la autoridad para cancelar lo que Jesús había prometido.

Lo mismo sigue siendo cierto hoy. Las personas pueden malinterpretar tu obediencia. Pueden cuestionar tus convicciones. Pueden no ver lo que Dios ha hablado a tu corazón. Pero si Cristo te ha llamado a seguir caminando, ninguna opinión, crítica, rechazo o malentendido puede detener el propósito de Dios a menos que tú elijas dejar de caminar.

Nuestra responsabilidad no es satisfacer a la multitud. Nuestra responsabilidad es seguir fielmente la voz del Pastor hasta llegar al lugar donde Su promesa se convierte en nuestra realidad.

Reflexiona

¿De quién ha estado marcando el ritmo de tu obediencia, la comparación, la crítica o la aprobación? ¿Cómo sería seguir la voz de Cristo por encima de la multitud?

06

PARTE

LA OBEDIENCIA NO GANA EL MILAGRO; NOS POSICIONA PARA ÉL

TEXTO CLAVE

*"Si me amáis, guardad mis mandamientos."***Juan 14:15 (RVR1960)**

Hay un equilibrio importante que debemos entender al estudiar el milagro en Juan capítulo 9. El ciego no fue sanado porque su caminar tuviera el poder de abrir sus ojos. El poder nunca estuvo en el camino, nunca en el estanque, y nunca en el lodo por sí mismo. El poder estaba en Jesucristo. Sin embargo, Jesús eligió conectar el milagro del hombre con un acto de obediencia. Esto significa que la obediencia no compró el milagro, pero posicionó al hombre en el lugar donde Cristo había determinado que el milagro sería liberado.

Esta distinción importa profundamente porque nunca debemos convertir la obediencia en una transacción espiritual. No obedecemos a Dios para poder manipularlo a que nos bendiga. Le obedecemos porque confiamos en Él, lo amamos, y reconocemos Su autoridad sobre nuestras vidas. El ciego no ganó su vista caminando hacia Siloé. Simplemente demostró que creía lo suficiente en la palabra de Jesús como para responder a ella. Su obediencia se convirtió en el camino por el cual se expresó su fe.

Este patrón aparece a lo largo de la Escritura. Naamán no fue sanado porque el río Jordán tuviera propiedades mágicas. Fue sanado porque Dios había conectado el milagro a la obediencia. Cuando el profeta le dijo que se sumergiera siete veces, Naamán casi pierde su sanidad porque la instrucción ofendió su orgullo. Esperaba algo más dramático, más impresionante, más digno de su posición. Sin embargo, el milagro esperaba en un humilde acto de obediencia. Cuando finalmente se sometió, la Escritura dice: "su carne se volvió como la carne de un niño, y quedó limpio" (2 Reyes 5:14 RVR1960). El agua no lo sanó. Dios lo sanó cuando Naamán se rindió a la instrucción.

La misma verdad se ve en la boda en Caná. Los siervos no convirtieron el agua en vino. Simplemente llenaron las tinajas como Jesús instruyó. Su obediencia creó el ambiente donde se reveló Su gloria. Juan 2:7-9 nos muestra que el milagro sucedió después de que obedecieron lo que parecía un mandato ordinario. Llenaron las vasijas con agua, pero Jesús transformó lo que rindieron en algo más grande de lo que ellos podían producir.

Así es como Dios a menudo obra en nosotros. Pide algo simple, pero la simplicidad del mandato revela la sinceridad de nuestra fe. Perdona. Ora. Arrepíentete. Da. Sirve. Ve. Espera. Habla. Guarda silencio. Regresa. Ríndete. Muchas veces, la instrucción misma no parece espectacular, pero la obediencia abre la puerta para que Dios haga lo que solo Él puede hacer.

También vemos esto en los muros de Jericó. Israel no derribó los muros gritando con fuerza humana. Marchar alrededor de una ciudad no era una estrategia militar que lógicamente pudiera derrotar muros de piedra. Sin embargo, cuando obedecieron el mandato de Dios, los muros cayeron. Su obediencia no

reemplazó el poder de Dios; los alineó con él. El milagro llegó cuando se pararon en el lugar de obediencia en el momento que Dios había determinado.

Esto nos enseña que la obediencia retrasada puede convertirse en alineación retrasada. A veces le preguntamos a Dios por qué nada está cambiando, pero la pregunta más profunda puede ser si estamos parados donde Él nos dijo que nos paráramos. La bendición no siempre está donde preferimos estar; está donde Dios nos dijo que fuéramos. El ciego pudo haber orado por sanidad mientras permanecía donde Jesús lo encontró, pero el milagro esperaba en Siloé. De la misma manera, hay cosas que Dios libera solo cuando estamos dispuestos a movernos de la comodidad hacia la obediencia.

Esto no significa que Dios sea cruel, que retenga cosas, o que sea difícil. Significa que es intencional. Dios no está solo interesado en darnos lo que deseamos; está interesado en formarnos en personas que puedan caminar con Él. Si nos diera cada bendición sin requerir rendición, disfrutaríamos de Sus regalos sin aprender Sus caminos. La obediencia entrena al corazón a someterse, confiar, y depender de la voz de Dios más que de la preferencia personal.

Por esto Samuel le dijo a Saúl: “He aquí, el obedecer es mejor que los sacrificios, y el prestar atención que la grosura de los carneros” (1 Samuel 15:22 RVR1960). Saúl quería ofrecer actividad religiosa mientras descuidaba la obediencia completa. Pero Dios no se impresionó con un sacrificio que cubría la rebelión. La obediencia parcial puede parecer espiritual ante las personas, pero el cielo ve el corazón. Dios no está simplemente buscando movimiento exterior; está buscando obediencia rendida.

La obediencia del ciego fue simple, pero fue completa. Jesús dijo ve, y él fue. Jesús dijo lávate, y se lavó. No negoció el mandato, no modificó la instrucción, ni exigió una ruta más fácil. Su obediencia no fue perfecta porque el camino fuera fácil; fue poderosa porque siguió avanzando aun cuando el camino era difícil.

Aquí es donde muchos creyentes son desafiados. A menudo estamos dispuestos a obedecer a Dios siempre que la instrucción concuerde con nuestra comodidad, tiempo y comprensión. Pero la verdadera obediencia se revela cuando Dios nos pide hacer algo que estira nuestro control. Una cosa es obedecer cuando vemos el beneficio de inmediato. Otra cosa es obedecer cuando lo único que nos mantiene firmes es la Palabra de Dios.

Jesús dijo: “Si me amáis, guardad mis mandamientos” (Juan 14:15 RVR1960). El amor por Dios no se prueba solo con emoción, cánticos, o declaración verbal. El amor se prueba con sumisión. Adoramos con nuestros labios, pero también adoramos con nuestra obediencia. Cada vez que elegimos la voluntad de Dios sobre la nuestra, estamos declarando que Él es Señor no solo sobre nuestra confesión, sino sobre nuestras decisiones.

El milagro en Siloé nos recuerda que la obediencia no es una carga diseñada para robarnos; es un camino diseñado para llevarnos al propósito de Dios. El mandato puede estirarnos, humillarnos, y exponer nuestra dependencia, pero nunca nos llevará lejos de la bondad de Dios. Cuando Jesús le dice a un hombre que camine, es porque hay vista esperando al final del camino. Cuando nos llama a obedecer, es porque Su gracia ya ha preparado algo al otro lado de la rendición.

Así que no obedecemos para ganar el amor de Dios. Obedecemos porque ya somos amados por Dios. No obedecemos para forzar Su mano. Obedecemos porque confiamos en Su corazón. No obedecemos porque el camino esté despejado. Obedecemos porque la voz que nos llamó es fiel. Y mientras seguimos

caminando, un paso rendido a la vez, descubrimos que la obediencia nos ha estado llevando hacia el lugar donde Dios siempre tuvo la intención de revelar Su gloria.

Reflexiona

¿Alguna vez has tratado la obediencia como una transacción, obedeciendo con la esperanza de ganar una bendición? ¿Cómo cambia tu corazón obedecer simplemente porque confías y amas a Dios?

07

PARTE

EL CAMINO SE CONVIERTE EN
PARTE DEL TESTIMONIO

TEXTO CLAVE

“Respondió él y dijo: Un hombre que se llama Jesús hizo lodo, y me untó los ojos, y me dijo: Ve al Siloé, y lávate; y fui, y me lavé, y recibí la vista.”

Juan 9:11 (RVR1960)

Cuando le preguntaron al ciego sobre lo que había sucedido, es sorprendente que no comenzara su testimonio con el momento en que pudo ver. En cambio, comenzó con el camino. Relató el lodo, el mandato, el caminar, el lavado, y finalmente el milagro. En su propia mente, el camino a Siloé era inseparable de la sanidad misma. El camino se había convertido en parte del testimonio porque Dios no solo estaba revelando Su poder a través del milagro; estaba revelando Su fidelidad a lo largo del proceso.

A menudo pensamos en nuestro testimonio como el momento en que Dios respondió nuestra oración. Celebramos la sanidad, el avance financiero, el matrimonio restaurado, la salvación de un ser querido, o la puerta abierta que finalmente apareció. Sin embargo, cuando leemos la Escritura cuidadosamente, descubrimos que Dios valora el proceso tanto como el resultado. El cielo está interesado no solo en lo que Dios hizo por nosotros, sino también en lo que Dios hizo dentro de nosotros mientras esperábamos que Él actuara.

Si el ciego hubiera recibido su vista de inmediato cuando Jesús lo tocó, todos habrían celebrado el milagro. Pero porque tuvo que caminar antes de poder ver, su testimonio se volvió más rico. Ahora podía testificar, no solo que Jesús lo había sanado, sino que Jesús había sido digno de confianza desde el primer paso. Cada paso hacia Siloé se convirtió en evidencia de que la Palabra de Dios nunca falla a quienes continúan obedeciéndola.

Esta es una de las razones por las que Dios no siempre nos remueve inmediatamente de cada prueba. Si cada oración fuera respondida al instante, sabríamos muy poco sobre la perseverancia. Si cada carga desapareciera en el momento en que la pedimos, nunca aprenderíamos resistencia. Si cada promesa se cumpliera el día en que fue hablada, la paciencia nunca maduraría dentro de nosotros. La Escritura enseña repetidamente que Dios está tan preocupado por producir carácter semejante a Cristo como por resolver problemas temporales.

Santiago entendió esto cuando escribió,

“Sabiedo que la prueba de vuestra fe produce paciencia. Mas tenga la paciencia su obra completa, para que seáis perfectos y cabales, sin que os falte cosa alguna.”

Santiago 1:3–4 (RVR1960)

Nótese que Santiago no describe las pruebas como interrupciones sin sentido. Son herramientas en las manos de Dios. La prueba de la fe produce algo que no se puede desarrollar de ninguna otra manera. La paciencia no es simplemente la capacidad de esperar; es la capacidad de permanecer fiel mientras se espera. Dios permite temporadas de espera porque hay ciertas virtudes que solo pueden crecer en la tierra de la perseverancia.

Este principio está bellamente ilustrado en la vida de José. La mayoría de nosotros recordamos a José como el gobernante de Egipto que preservó incontables vidas durante una hambruna. Sin embargo, ese fue solo el capítulo final de su historia. Antes de que hubiera un palacio, hubo un pozo. Antes de que hubiera autoridad, hubo esclavitud. Antes de que hubiera honor, hubo prisión. Ninguno de esos capítulos parecía encajar con los sueños que Dios le había dado siendo joven. Sin embargo, cada temporada dolorosa se convirtió en parte del testimonio que un día glorificaría a Dios.

Años después José pudo decirles a sus hermanos,

“Vosotros pensasteis mal contra mí, mas Dios lo encaminó a bien.”

Génesis 50:20 (RVR1960)

José no negó el sufrimiento que había soportado. Simplemente reconoció que Dios había estado escribiendo una historia más grande de la que él podía entender mientras la vivía. Mirando hacia atrás, finalmente pudo ver que cada decepción lo había estado preparando para un propósito divino.

El apóstol Pablo entendió esta misma realidad.

“Y sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados.”

Romanos 8:28 (RVR1960)

Pablo no dice que todas las cosas son buenas. La traición no es buena. La enfermedad no es buena. La pérdida no es buena. La persecución no es buena. Pero él declara que Dios puede entretrejer cada circunstancia en un propósito mayor para quienes continúan caminando con Él. El milagro a menudo incluye la manera en que Dios redime el camino mismo.

A veces deseáramos poder eliminar capítulos difíciles de nuestras vidas. Con gusto borraríamos temporadas de duelo, fracaso, incertidumbre, decepción, o espera. Sin embargo, si esos capítulos desaparecieran, gran parte de nuestro testimonio desaparecería con ellos. A menudo es el valle el que nos enseña verdades que nunca hubiéramos aprendido en la cima de la montaña. Descubrimos la fidelidad del Pastor porque caminamos por el valle de sombra de muerte. Experimentamos el consuelo de Su vara y Su cayado porque hubo momentos en que desesperadamente los necesitábamos.

David escribió,

“Aunque ande en valle de sombra de muerte, no temeré mal alguno, porque tú estarás conmigo.”

Salmo 23:4 (RVR1960)

Nótese que David no dice que Dios quitó el valle. Dice que Dios caminó con él a través de él. El testimonio no es simplemente que el valle terminó; es que Dios nunca lo abandonó mientras estaba en él.

Esta perspectiva transforma la manera en que vemos nuestras luchas presentes. Dejamos de preguntar solo: “¿Cuándo terminará esto?” y comenzamos a preguntar: “¿Qué me está enseñando Dios mientras camino por esto?” Cada temporada se convierte en una oportunidad para conocerlo más profundamente. Cada demora se convierte en otra invitación a confiar en Su tiempo. Cada obstáculo se convierte en otra oportunidad para que Dios revele Su fidelidad.

El testimonio del ciego también nos recuerda que las personas a menudo se animan más por nuestro camino que por nuestro destino. Muchas personas no pueden identificarse con el milagro porque todavía no lo han experimentado. Pero pueden identificarse con caminar en incertidumbre. Entienden la decepción. Saben lo que se siente orar y esperar, obedecer y preguntarse, confiar y aún no ver. Cuando escuchan que seguimos caminando de todos modos, encuentran esperanza de que ellos también pueden seguir caminando.

Por eso Pablo repetidamente animó a los creyentes a consolar a otros con el consuelo que ellos mismos habían recibido de Dios.

“El cual nos consuela en todas nuestras tribulaciones, para que podamos también nosotros consolar a los que están en cualquier tribulación.”

2 Corintios 1:4 (RVR1960)

Dios nunca desperdicia nuestras experiencias. La misma prueba que estiró nuestra fe a menudo se convierte en el testimonio que fortalece la fe de alguien más. Nuestro camino se convierte en parte del ministerio de Dios a través de nosotros.

Quizás la mayor lección de todas es que nuestro testimonio, en última instancia, apunta más allá de nosotros mismos. El ciego no pasó su vida hablando de su determinación o su perseverancia. Su testimonio se centró en Jesús. “Un hombre que se llama Jesús...” Todo comenzó y terminó con Cristo. El camino importaba porque Jesús había hablado. El estanque importaba porque Jesús lo había enviado allí. El milagro importaba porque revelaba quién es Jesús.

Lo mismo debería ser cierto de nuestras vidas. El propósito de todo testimonio no es engrandecer nuestra fuerza sino engrandecer la fidelidad de Dios. Nosotros no somos los héroes de la historia; Cristo lo es. Simplemente nos convertimos en testigos vivos de que Sus promesas son verdaderas, Sus mandatos son confiables, y Su gracia es suficiente para cada paso del camino.

Un día miraremos hacia atrás sobre cada camino que el Señor nos pidió caminar. Veremos que ninguno de los pasos fue desperdiciado. Cada lágrima, cada oración, cada acto de obediencia, cada temporada de

espera estaba siendo entretejida por la mano de Dios en un testimonio que declara al mundo: Él fue fiel en cada paso del camino.

Reflexiona

¿Qué te ha enseñado tu temporada actual de espera o dificultad sobre la fidelidad de Dios?

¿Cómo podría esa historia fortalecer un día la fe de alguien más?

08

PARTE

CAMINAR CUANDO DIOS
PARECE ESTAR EN SILENCIO

TEXTO CLAVE

"Fíate de Jehová de todo tu corazón, y no te apoyes en tu propia prudencia. Reconócelo en todos tus caminos, y él enderezará tus veredas."

Proverbios 3:5-6 (RVR1960)

Quizás la parte más difícil del camino del ciego no fue la distancia que tuvo que recorrer, las calles irregulares bajo sus pies, o incluso el lodo cubriendo sus ojos. El mayor desafío pudo haber sido que, después de que Jesús dio el mandato, no dijo nada más. La Escritura no registra instrucciones adicionales. No hubo palabras tranquilizadoras en el camino, ninguna aparición visible de Cristo caminando a su lado, y ninguna explicación adicional sobre lo que estaba sucediendo. Jesús habló una vez, y el hombre tuvo que seguir caminando basado en la última palabra que había recibido.

Todo creyente eventualmente entra en temporadas como esta. Hay momentos en que la dirección de Dios es inconfundiblemente clara. Su presencia se siente cercana, la oración fluye fácilmente, y Su voz parece obvia. Luego hay temporadas en que el cielo se queda en silencio. Seguimos orando, leyendo, adorando y obedeciendo, pero no recibimos instrucciones nuevas tan a menudo como quisiéramos. Durante esas temporadas, somos tentados a creer que el silencio significa abandono. Sin embargo, la Escritura enseña algo muy diferente. El silencio de Dios no es prueba de Su ausencia; muchas veces es prueba de que Su instrucción anterior todavía es suficiente.

El ciego no necesitaba otro mandato porque todavía no había completado el primero. La última palabra de Jesús fue suficiente para llevarlo todo el camino hasta Siloé. Si se hubiera detenido a mitad de camino exigiendo otra confirmación antes de continuar, nunca habría llegado al lugar donde esperaba el milagro. Su responsabilidad no era buscar un nuevo mandato sino permanecer fiel al mandato que ya había recibido.

¿Cuántas veces nos encontramos haciendo lo mismo? Le pedimos a Dios nueva dirección mientras descuidamos la dirección que ya nos ha dado. Buscamos otra promesa mientras posponemos la obediencia a la primera promesa. Sin embargo, a lo largo de la Escritura, Dios frecuentemente espera que Su pueblo complete una asignación antes de revelar la siguiente. La revelación divina a menudo se despliega progresivamente. No recibimos la siguiente instrucción porque todavía no hemos abrazado plenamente la presente.

Este principio está bellamente ilustrado por el camino de Israel a través del desierto. Dios no reveló toda la ruta desde Egipto hasta Canaán. En cambio, los guió un día a la vez a través de la columna de nube de día y la columna de fuego de noche.

“Al mandato de Jehová los hijos de Israel partían, y al mandato de Jehová acampaban...”

Números 9:18 (RVR1960)

Nótese que Israel se movía solo cuando Dios se movía. También permanecían quietos cuando Dios permanecía quieto. Ambos requerían fe. A veces la obediencia significa avanzar. En otras ocasiones, la obediencia significa permanecer exactamente donde Dios nos ha puesto hasta que Él hable de nuevo. En ambas situaciones, la fe confía en Su tiempo.

El profeta Elías experimentó esta verdad después de la dramática victoria en el monte Carmelo. Habiendo sido testigo de que el fuego cayera del cielo, Elías huyó al desierto desanimado y agotado. Cuando Dios finalmente le habló, no se encontraba en el viento, ni en el terremoto, ni en el fuego.

“...y tras el fuego un silbo apacible y delicado.”

1 Reyes 19:12 (RVR1960)

Dios le recordó a Elías que Su presencia no siempre viene acompañada de manifestaciones dramáticas. A veces Su guía llega en silencio. A veces Su mayor obra se realiza sin exhibiciones espectaculares. Debemos aprender a reconocer que el silencio de Dios no disminuye Su actividad.

Hay otra lección escondida en Juan capítulo 9 que merece atención cuidadosa. El ciego no tenía evidencia visible de que se estaba acercando al estanque. Cada paso se sentía igual porque todavía estaba ciego. No podía medir su progreso por lo que veía. Solo podía medirlo por su obediencia continua.

Esto describe muchas temporadas de la vida cristiana. A menudo deseamos un progreso espiritual medible. Queremos sentirnos más fuertes, ver más claro, y reconocer un cambio inmediato. Pero hay temporadas en que el crecimiento sucede bajo la superficie. Puede que no lo percibamos, pero Dios está silenciosamente fortaleciendo nuestra fe, ampliando nuestra paciencia, profundizando nuestra humildad, y enseñándonos a depender de Él en lugar de nuestras emociones.

David entendió esta realidad cuando escribió,

“Pacientemente esperé a Jehová, y se inclinó a mí, y oyó mi clamor.”

Salmo 40:1 (RVR1960)

Esperar pacientemente no significa no hacer nada. En la Escritura, esperar es una postura activa de confianza. Significa permanecer fiel mientras se espera que Dios cumpla Su Palabra. Es confianza sin confirmación visible. Es obediencia sin recompensa inmediata. Es creer que el tiempo de Dios es más sabio que el nuestro.

Isaías expande esta promesa aún más.

"Pero los que esperan a Jehová tendrán nuevas fuerzas; levantarán alas como las águilas; correrán, y no se cansarán; caminarán, y no se fatigarán."

Isaías 40:31 (RVR1960)

Nótese la progresión. A menudo nos enfocamos en volar como águilas, pero Isaías concluye con algo mucho más práctico: "caminarán, y no se fatigarán." ¿Por qué? Porque caminar es como se vive la mayor parte de la vida. Ocasionalmente experimentamos momentos extraordinarios, pero el discipulado usualmente se expresa a través de la fidelidad ordinaria. Dios da fuerza, no solo para victorias dramáticas, sino para la obediencia diaria.

Una de las mayores estrategias del enemigo durante las temporadas de silencio es convencernos de que, porque no podemos oír a Dios, deberíamos dejar de movernos. Susurra que quizás Dios nos ha olvidado, cambiado de opinión, o retirado Su favor. Pero la Escritura enseña repetidamente que el carácter de Dios no fluctúa con nuestros sentimientos. Sus promesas permanecen seguras aun cuando nuestras emociones son inestables.

El escritor de Hebreos nos recuerda,

"Jesucristo es el mismo ayer, y hoy, y por los siglos."

Hebreos 13:8 (RVR1960)

El Cristo que habló al comienzo del camino sigue siendo el mismo Cristo al final. Su fidelidad no disminuye por nuestra incapacidad de percibirlo. Él no se ha vuelto menos digno de confianza simplemente porque el camino se ha vuelto más largo de lo que esperábamos.

Hay una sabiduría profunda en aprender a obedecer la última palabra clara que Dios ha hablado. Si Dios nos ha llamado a perdonar, seguimos perdonando. Si nos ha llamado a orar, seguimos orando. Si nos ha llamado a servir, seguimos sirviendo. Si nos ha llamado a permanecer fieles, permanecemos fieles. No abandonamos el mandato de ayer simplemente porque el camino de hoy se siente difícil.

Esto es precisamente lo que Jesús enseñó cuando dijo,

"Mas el que persevere hasta el fin, éste será salvo."

Mateo 24:13 (RVR1960)

La perseverancia no es simplemente sobrevivir la adversidad. Es permanecer obediente cuando perseverar se vuelve costoso. Es continuar caminando cuando cada emoción nos urge a detenernos. Es confiar en que el Pastor conoce el destino aun cuando la oveja no puede ver el camino.

La hermosa verdad es que Jesús sabía exactamente dónde estaba el ciego en cada momento de su camino. Aunque el hombre ya no podía ver a Jesús, Jesús nunca lo perdió de vista. Cada paso incierto era completamente conocido por el Salvador que lo había enviado. Lo mismo es cierto para nosotros. Nunca ha habido un solo día en que Dios haya perdido el rastro de dónde estamos. Él conoce cada oración que

hemos orado, cada lágrima que hemos derramado, cada tentación que hemos resistido, y cada paso que hemos dado en obediencia.

Así que cuando el cielo parece estar en silencio, debemos recordar esta poderosa verdad: el silencio de Dios nunca es permiso para dejar de caminar. Si continuamos fielmente en la dirección que Él ya nos ha dado, descubriremos que Su aparente silencio nunca fue abandono. Fue simplemente una invitación a confiar en Él más profundamente hasta que, en el tiempo señalado, el estanque de Siloé entre en vista y lo que una vez fue solo una promesa se convierta en nuestro testimonio vivo.

Reflexiona

*Cuando Dios se siente en silencio, ¿sigues caminando en lo último que te dijo que hicieras?
¿Cuál es la "última palabra clara" que te ha hablado y que estás llamado a seguir
obedeciendo?*

09

PARTE

SIGUE CAMINANDO HASTA
QUE LA PROMESA SE HAGA
REALIDAD

TEXTO CLAVE

"No nos cansemos, pues, de hacer bien; porque a su tiempo segaremos, si no desmayamos."

Gálatas 6:9 (RVR1960)

Hay una pregunta que resuena silenciosamente a lo largo de la historia del ciego: ¿Qué habría pasado si se hubiera detenido a mitad de camino? La Escritura nunca hace la pregunta porque el hombre nunca se rindió, pero vale la pena considerarla. ¿Qué habría pasado si se hubiera cansado a mitad del camino? ¿Qué habría pasado si el desánimo lo hubiera convencido de que nada estaba sucediendo? ¿Qué habría pasado si alguien en la multitud lo hubiera persuadido de que las instrucciones de Jesús no tenían sentido? ¿Qué habría pasado si hubiera decidido que ya era suficiente y hubiera dado la vuelta antes de llegar al estanque de Siloé?

La respuesta es tan simple como sobria. Habría permanecido ciego.

No porque a Jesús le faltara el poder para sanarlo. No porque la promesa fuera falsa. No porque Dios hubiera cambiado de opinión. Habría permanecido ciego porque el lugar que Dios había determinado para el milagro era también el lugar donde esperaba que el hombre permaneciera obediente. La tragedia no habría sido que Jesús fallara; la tragedia habría sido que el hombre se rindiera un paso antes de su milagro.

Este es uno de los mayores peligros en la vida cristiana. Muy pocos creyentes abandonan su caminar con Dios al principio. Usualmente estamos llenos de emoción cuando el Señor nos habla por primera vez. Nuestras oraciones son apasionadas, nuestra fe es vibrante, y nuestras expectativas son altas. Del mismo modo, muy pocas personas se rinden después de haber recibido ya el milagro. Una vez que hemos experimentado la fidelidad de Dios, nuestra confianza se fortalece. La mayor batalla casi siempre sucede en el medio, ese largo trecho entre la promesa y su cumplimiento.

El enemigo entiende esto mejor que nosotros. Sabe que no puede cambiar las promesas de Dios, así que intenta convencer al pueblo de Dios de dejar de caminar antes de que esas promesas se cumplan. Su mayor arma a menudo no es la persecución sino el desánimo. Si logra persuadirnos de que nuestra obediencia no está logrando nada, quizás nos convenza de abandonar el mismo camino que lleva a la provisión de Dios.

Por eso Pablo escribió con tanta urgencia,

"No nos cansemos, pues, de hacer bien; porque a su tiempo segaremos, si no desmayamos."

Gálatas 6:9 (RVR1960)

Nótese que Pablo reconoce algo que a menudo dudamos en admitir: incluso las personas fieles se cansan. El cansancio no es pecado. El desánimo no es fracaso. Incluso los creyentes más fuertes experimentan temporadas en que el camino se siente largo y el destino se siente distante. El peligro no es cansarse; el peligro es permitir que el cansancio nos persuada de detenernos.

La promesa de Gálatas 6:9 descansa sobre dos palabras poderosas: "a su tiempo." Dios ha establecido un tiempo señalado para cada cosecha. Los agricultores entienden bien este principio. Siembran semilla sabiendo que la cosecha no llega la mañana siguiente. Hay días de riego, semanas de espera, y meses en que el campo parece sin cambios. Sin embargo, bajo la superficie, la vida se está desarrollando exactamente como el Creador la diseñó. El agricultor sabio no abandona el campo simplemente porque el fruto aún no ha aparecido. Entiende que la cosecha pertenece a quienes continúan cultivando la tierra.

Jesús usó esta misma imagen cuando enseñó sobre el reino de Dios.

"Primero hierba, luego espiga, después grano lleno en la espiga."

Marcos 4:28 (RVR1960)

El crecimiento tiene un orden. No hay atajos en el reino de Dios. La hierba no aparece antes de que la semilla muera. La cosecha no llega antes de la temporada de crecimiento. De igual manera, la madurez espiritual se desarrolla según el calendario de Dios y no el nuestro. A menudo le pedimos a Dios que acelere el proceso, pero Él está más interesado en la plenitud que en la velocidad.

El ciego sin duda experimentó momentos en que nada parecía diferente. Cada paso todavía requería que alguien lo guiara alrededor de los obstáculos. Cada paso todavía exigía confianza. Sin embargo, aunque no podía verlo, cada paso reducía la distancia entre él mismo y el estanque. El progreso estaba ocurriendo aunque fuera imperceptible.

¿Cuántas veces describe esto nuestras propias vidas? Asistimos fielmente a la iglesia, oramos, estudiamos la Escritura, y servimos al Señor, y sin embargo nos preguntamos si algo está cambiando. Podemos sentir que nuestras oraciones no se elevan más alto que el techo. Podemos cuestionar si nuestra obediencia está haciendo alguna diferencia. Pero el cielo mide el progreso de manera diferente a nosotros. Dios no solo cuenta las oraciones respondidas; cuenta los pasos fieles.

Quizás uno de los mayores ejemplos de perseverancia se encuentra en Caleb. A los ochenta y cinco años, se paró ante Josué y le recordó una promesa que Dios había hablado más de cuatro décadas antes.

"Todavía estoy tan fuerte hoy como el día en que Moisés me envió... ahora, pues, dame este monte."

Josué 14:11-12 (RVR1960)

Habían pasado cuarenta y cinco años. Los imperios habían cambiado. Toda una generación había muerto. Sin embargo, Caleb nunca soltó la promesa que había recibido del Señor. No permitió que la demora se convirtiera en duda. No interpretó la espera como rechazo. Simplemente siguió caminando hasta que el tiempo de Dios y la promesa de Dios se encontraron.

Qué imagen tan notable de fe perseverante.

El Nuevo Testamento hace eco de este mismo principio.

“Porque os es necesaria la paciencia, para que habiendo hecho la voluntad de Dios, obtengáis la promesa.”

Hebreos 10:36 (RVR1960)

Nótese el orden. Primero viene la obediencia. Luego viene la paciencia. Finalmente viene la promesa. A menudo deseáramos que Dios invirtiera ese orden, pero Él nunca lo hace. La promesa no se da antes de que la paciencia haya completado su obra porque la paciencia nos enseña a valorar al Dador más que el regalo.

Hay otra verdad escondida aquí que merece una reflexión cuidadosa. A veces pensamos que la perseverancia se trata simplemente de sobrevivir hasta que llegue el milagro. Pero la perseverancia en realidad se trata de convertirse en el tipo de persona que puede administrar fielmente el milagro una vez que llega.

Dios pudo haber abierto los ojos del ciego en el momento en que el lodo los tocó. En cambio, eligió desarrollar perseverancia antes de dar la vista. ¿Por qué? Porque los milagros de Dios nunca son eventos aislados. Se convierten en plataformas para un ministerio futuro. El hombre que caminó fielmente mientras estaba ciego más tarde se pararía sin temor ante los fariseos defendiendo a Aquel que lo sanó. El camino lo había preparado para el testimonio.

Lo mismo es cierto en nuestras vidas. La temporada que estás atravesando hoy puede no ser solo acerca de recibir tu avance. Puede estar preparándote para fortalecer a alguien más mañana. La lucha financiera puede enseñar mayordomía. La enfermedad puede profundizar la compasión. La espera puede producir humildad. Las preguntas sin respuesta pueden cultivar dependencia de Dios. Nada en las manos de Dios se desperdicia.

Pablo expresó esta confianza hermosamente cerca del final de su vida.

“He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe.”

2 Timoteo 4:7 (RVR1960)

Nótese que Pablo no midió el éxito por los milagros realizados, las iglesias plantadas, o las cartas escritas. Midió el éxito por una simple realidad: terminó la carrera. Siguó caminando hasta que la asignación estuvo completa.

Esa es la invitación extendida a todo creyente. Dios no nos está pidiendo entender cada milla por delante. Nos está pidiendo que no nos detengamos. El Pastor que nos llamó todavía nos está guiando. La promesa que habló no ha expirado. El camino puede ser más largo de lo esperado, el trayecto más difícil de lo imaginado, y el silencio más profundo de lo anticipado, pero Su fidelidad permanece sin cambios.

Así que si todavía estás caminando, no confundas la longitud del camino con la ausencia de Dios. Si aún no has llegado a tu estanque de Siloé, no concluyas que la promesa ha fallado. El milagro puede estar más cerca de lo que te das cuenta.

Sigue orando. Sigue obedeciendo. Sigue perdonando. Sigue sirviendo. Sigue confiando. Sigue caminando.

Porque cada paso dado en obediencia es un paso más cerca del lugar donde las promesas de Dios se convierten en el testimonio de Su fidelidad.

Reflexiona

¿Estás cerca de rendirte con algo que Dios te pidió caminar? ¿Cómo sería dar un paso más de fidelidad esta semana?

CONCLUSIÓN

EL PASTOR NUNCA PIERDE DE VISTA A LOS QUE SIGUEN CAMINANDO

TEXTO CLAVE

“Estando persuadido de esto, que el que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo.”

Filipenses 1:6 (RVR1960)

Cuando damos un paso atrás y miramos todo el relato del ciego en Juan capítulo 9, descubrimos que el mayor milagro no fue simplemente que se abrieran ojos ciegos. El milagro mayor fue que un hombre común aprendió a confiar en un Salvador extraordinario sin exigir una explicación para cada paso. La historia comienza con ceguera, continúa a través de la incertidumbre, y termina con vista. Pero escondido entre el principio y el final hay un camino que enseña a todo discípulo cómo caminar con Dios.

Es significativo que Jesús no sanara al hombre y luego lo enviara a Siloé. Lo envió a Siloé para que pudiera ser sanado. El orden fue intencional. Cristo estaba revelando un principio que resuena a lo largo de toda la Biblia: las bendiciones de Dios a menudo se encuentran en el camino de la obediencia. El camino mismo se convierte en parte de Su diseño divino. Cada paso se convierte en otra oportunidad de elegir confianza sobre temor, rendición sobre control, y fe sobre vista.

Esto explica por qué la Escritura describe repetidamente nuestra relación con Dios como un caminar en lugar de un destino. De Génesis a Apocalipsis, Dios no está simplemente buscando personas que deseen milagros; está buscando personas que caminen con Él. Enoc “caminó con Dios” (Génesis 5:24). Noé “caminó con Dios” (Génesis 6:9). A Abraham se le dijo: “Anda delante de mí y sé perfecto” (Génesis 17:1). Pablo instruyó a los creyentes a “andar como es digno de la vocación con que fuisteis llamados” (Efesios 4:1). La vida cristiana siempre ha sido definida por comunión continua en lugar de experiencias espirituales aisladas.

Quizás por eso Dios tan a menudo deja espacio entre la promesa y su cumplimiento. Si cada oración fuera respondida de inmediato, podríamos perseguir la mano de Dios más que Su corazón. Si cada necesidad desapareciera al instante, podríamos buscar Sus bendiciones mientras descuidamos Su presencia. Pero el camino nos enseña algo que el milagro por sí solo nunca podría: Dios mismo es nuestra mayor recompensa.

Mientras el ciego caminaba, sin duda anticipaba el momento en que finalmente vería. Sin embargo, imagina lo que sucedió después del milagro. El primer rostro que sus ojos sanados anhelaban contemplar no fue el estanque de Siloé, ni las calles de Jerusalén, ni siquiera la gente a su alrededor. Fue el rostro de Aquel que había cambiado su vida. El milagro lo señaló de vuelta hacia Cristo.

Este es el propósito de toda bendición que Dios nos da. Cada oración respondida debería aumentar nuestro amor por Aquel que la respondió. Cada puerta abierta debería profundizar nuestra adoración. Cada milagro

debería fortalecer nuestra relación con el Hacedor de Milagros. Si nos fascinamos con el regalo pero somos indiferentes hacia el Dador, hemos malentendido el propósito de las bendiciones de Dios.

Juan capítulo 9 continúa más allá de la sanidad, y esa continuación es tan importante como el milagro mismo. Los líderes religiosos interrogaron al hombre incansablemente. Cuestionaron su testimonio, rechazaron su explicación, y eventualmente lo expulsaron de la sinagoga. Irónicamente, después de recibir la vista física, inmediatamente encontró oposición espiritual. Sin embargo, esta vez se mantuvo firme porque algo había cambiado dentro de él. El camino a Siloé había desarrollado más que su vista, había desarrollado su convicción.

Más tarde, Jesús lo buscó de nuevo.

“Oyó Jesús que le habían expulsado; y hallándole, le dijo: ¿Crees tú en el Hijo de Dios?”

Juan 9:35 (RVR1960)

La historia alcanza su punto más alto solo unos versículos después.

“Y él dijo: Creo, Señor; y le adoró.”

Juan 9:38 (RVR1960)

Este es el verdadero clímax del capítulo. El mayor milagro no fue que el hombre recibiera visión física. Fue que llegó a una revelación espiritual. Primero recibió su vista. Luego reconoció a su Salvador. Luego se convirtió en adorador. El camino lo había llevado a algo infinitamente mayor que la vista restaurada, lo había llevado a una relación con Jesucristo.

Ese es el propósito último de Dios en cada temporada de nuestras vidas. Su meta nunca se limita a resolver problemas temporales. Desea conformarnos a la imagen de Su Hijo (Romanos 8:29). Cada prueba, cada demora, cada acto de obediencia, y cada temporada de espera nos está formando finalmente para conocer a Cristo más profundamente. A veces nos enfocamos tanto en llegar a nuestro “estanque de Siloé” personal que olvidamos que la mayor bendición que nos espera no es lo que Dios da, es Dios mismo.

Hay otra hermosa verdad que merece nuestra atención. A lo largo del camino, el ciego no podía ver a Jesús, pero Jesús nunca lo perdió de vista. Incluso después de enviarlo, Cristo sabía exactamente dónde estaba. Más tarde, después de que los líderes religiosos lo rechazaron, Jesús intencionalmente lo buscó de nuevo. Qué consuelo da esto a todo creyente. Hay temporadas en que no podemos percibir claramente la actividad de Dios, pero nunca ha habido un momento en que Dios haya perdido de vista a Sus hijos.

David entendió esta confianza cuando declaró,

“Jehová cumplirá su propósito en mí.”

Salmo 138:8 (RVR1960)

De igual manera, Pablo proclamó con seguridad,

“Estando persuadido de esto, que el que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo.”

Filipenses 1:6 (RVR1960)

Dios nunca abandona la obra que comienza. Él es tanto el Autor como el Consumador de nuestra fe. Aquel que nos llamó al camino es el mismo que camina con nosotros hasta que el trayecto esté completo.

Quizás hoy te encuentres en algún lugar entre el mandato y el milagro. Has obedecido, y sin embargo todavía no puedes ver. Has orado, y sin embargo la respuesta no ha llegado. Has permanecido fiel, y sin embargo el camino parece más largo de lo que esperabas. Si es así, recuerda al ciego. Su mayor error habría sido detenerse antes de llegar al estanque. Cada paso que se sentía ordinario en realidad lo estaba acercando a lo extraordinario.

Lo mismo es cierto para nosotros. No confundas el silencio con la ausencia. No confundas la demora con la negación. No confundas la dificultad con la derrota. El Pastor todavía conoce el camino. La promesa no ha cambiado. El destino no se ha movido. Y el Dios que te llamó sigue siendo fiel.

Así que sigue caminando cuando no entiendas. Sigue confiando cuando todavía no puedas ver. Sigue obedeciendo cuando el camino parezca largo. Sigue creyendo cuando las emociones se debiliten.

Porque un día mirarás hacia atrás y te darás cuenta de que cada paso de obediencia, cada momento de rendición, cada temporada de espera, y cada lágrima en el camino estaba siendo entretejida por la mano fiel de Dios. Entonces, como el hombre que nació ciego, tu testimonio no será simplemente que Dios hizo un milagro. Tu testimonio será que Él fue fiel en cada paso del camino.

“Fiel es el que os llama, el cual también lo hará.”

1 Tesalonicenses 5:24 (RVR1960)

Que nosotros, como seguidores de Cristo, decidamos en nuestro corazón que sin importar los obstáculos, sin importar el silencio, y sin importar la longitud del camino, continuaremos caminando hasta que la fe se convierta en vista, hasta que la promesa se convierta en realidad, y hasta que cada paso de nuestro camino traiga gloria a Aquel que primero dijo: “Ve.”

Reflexiona

El milagro del ciego lo llevó a la adoración, no solo a la vista. ¿Cómo sería que esta temporada de tu vida te llevara a una relación más profunda con Jesús, no solo a la respuesta que buscas?

Complete los Espacios

Completa cada enunciado usando palabras de este estudio.

1. La fe se demuestra no solo por lo que _____, sino por cómo _____ a la Palabra de Dios.
2. La sanidad del ciego no comenzó cuando Jesús habló; comenzó cuando _____ en obediencia hacia el estanque de _____.
3. Dios a menudo nos da un _____, pero no un _____ completo, para que aprendamos a confiar en Él cada día.
4. La obediencia no _____ el milagro de Dios; nos _____ donde Dios ya ha decidido liberarlo.
5. Durante las temporadas en que Dios parece estar en silencio, debemos permanecer fieles al último _____ que Él ya nos ha _____.
6. El mayor testimonio del ciego no fue solo que recibió su _____, sino que Dios permaneció _____ en cada paso del camino.

Preguntas de Reflexión

Toma tiempo esta semana para meditar en estas preguntas y escribir lo que Dios te está mostrando.

1. ¿Qué “estanque de Siloé” ha puesto Dios delante de ti? ¿Hay un área donde Él te está pidiendo continuar caminando en obediencia aunque todavía no hayas visto el resultado?

2. ¿Alguna vez has confundido el silencio de Dios con Su ausencia? ¿Cómo desafía el camino del ciego la manera en que respondes durante temporadas en que no puedes sentir o escuchar claramente a Dios?

3. ¿Hay áreas de tu vida en las que has estado esperando entendimiento completo antes de obedecer a Dios? ¿Cómo sería confiar en Él con tu siguiente paso en su lugar?

4. ¿Cómo ha usado Dios temporadas difíciles, demoras, o preguntas sin respuesta para formar tu carácter? Mirando hacia atrás, ¿puedes identificar maneras en que el camino mismo se convirtió en parte de tu testimonio?

5. ¿Qué paso práctico de obediencia puedes dar esta semana que demuestre tu confianza en las promesas de Dios, aunque todavía no puedas ver el milagro que Él está preparando?

Clave de Respuestas - Para Líderes de Grupo

1. creemos / respondemos
2. caminó (o fue) / Siloé
3. destino / mapa
4. gana / posiciona
5. mandato (o instrucción) / dado (o hablado)
6. vista / fiel